

cia, y yo no me quejaré!» Aquella misma noche vino Manuel á visitar á los prisioneros, y dijo al rey: «¿Sabéis que los principios democráticos triunfan, que el pueblo ha abolido el trono y adoptado el gobierno republicano?» «Lo oí decir,—replicó el rey con una serena indiferencia,—é hice votos por que la república sea favorable al pueblo. Yo jamás me coloqué entre su dicha y él.»

El rey llevaba aún su espada, este cetro del noble en Francia, y las insignias de las órdenes de caballería, de que era el jefe, se veían todavía sobre su casaca. «Sabreis también,—continuó Manuel—que la nación ha suprimido estos juguetes; debieran haberos dicho que os los quitáreis. Habiendo entrado en la clase de los otros ciudadanos, debéis ser tratado como ellos. En cuanto á lo demás, pedid á la nación lo que os sea necesario, y os lo concederá.» «Gracias,—dijo el rey,—nada necesito.» Y continuó leyendo con tranquilidad.

Para evitar toda pena inútil y toda degradación violenta de la dignidad personal del rey, Manuel y los comisarios se retiraron, haciendo una seña al ayuda de cámara para que les siguiese. Encargaron á aquel fiel servidor quitase las insignias de la casaca del rey cuando le desnudase por la noche, y enviase á la Convención aquellos despojos del trono y blasones de la nobleza; pero el mismo rey dió á Clery la orden de hacerlo; sólo se negó á separarse de aquellas insignias, que había recibido en la cuna con su vida, y que le parecía pertenecer más á su persona que al trono. Las hizo encerrar en una caja y las guardó, sea como un recuerdo, sea como una esperanza. El fogoso Hebert, tan famoso después con el nombre de *Pere Duchesne*, miembro entonces de la municipalidad, pidió estar de servicio aquel día para gozar de aquella rara burla de la suerte, y para contemplar en las facciones del rey el suplicio moral del trono degradado. Hebert escudriñaba con la vista y con una sonrisa cruel la fisonomía del rey; pero la calma del hombre que manifestaban las facciones del soberano caído desconcertó la curiosidad de Hebert. El rey no quiso dar á sus enemigos el placer de que sorprendiesen en su rostro ni una pequeña emoción: aparentó leer tranquilamente la historia de la decadencia del imperio romano, de Montesquieu, mientras se cumplía su propia historia y se leía su catástrofe, atendiendo más á los reverses de otro que á los suyos. El rey fué grande en su indiferencia; á la reina, sublime en su altivez, le pareció más humillante llorar su grandeza que haber caído de ella: la caída de su carácter la hubiera envilecido más que la de su rango, y ninguna debilidad regocijó á los espectadores de aquella ejecución. Habiendo sonado las trompetas en los patios después de la instalación de la república, el rey se puso un poco á la ventana como para ver la apariencia del nuevo gobierno. La multitud le vió, y las imprecaciones, los sarcasmos, las injurias, resonaron como último adiós á la monarquía en el seno de aquel gentío. Los gendarmes, agitando sus sables y dando gritos de *¡Viva la república!*, hicieron al rey la señal imperiosa de que se retirase. Luis XVI cerró la ventana. Así se separaron el pueblo y el rey, después de tantos siglos de monarquía.

VI

Había señalado la Convención la cantidad de quinientas mil libras para los gastos relativos al establecimiento y á la manutención de la familia real en su pri-



Separación de la familia real y de las personas de su servidumbre.—Pág. 211.

sion. La municipalidad, por medio de comisiones sucesivas, había empleado la mayor parte de este subsidio alimenticio en construcciones de seguridad y en estrechar más el cautiverio. Lo que debía servir para consolar la existencia de los prisioneros, sirvió para agravar sus hierros y para pago de sus carceleros. El rey no tenía á su disposición ninguna suma para vestir á la reina, á su hermana y á sus hijos, para recompensar los servicios que tenía que pedir fuera, ó para proporcionar á su familia, en los muebles y en las ocupaciones de la cárcel, aquellos alivios que la fortuna privada de los detenidos deja penetrar hasta en los calabozos de los criminales. Habiendo salido inopinadamente de las Tullerías, sin más vestidos que los que tenían puestos en la mañana del 10 de Agosto; saqueados sus guardaropas, sus trajes y sus gavetas; llevados desde allí al Temple, sin más ropa blanca que la que había enviado al Picadero la embajadora de Inglaterra y la que algunos de sus servidores habían prestado á la familia real, los prisioneros, á la entrada de un riguroso invierno, presentaban la apariencia de una verdadera desnudez. La reina y madama Isabel pasaban los días como pobres obreras, recosiendo las camisas del rey y de los hijos y remendando sus vestidos de verano.

En el momento en que los negociadores prusianos habían exigido de Dumou-

riez, para disfrazar su retirada, una relacion secreta sobre lo que pasaba en el Temple y de los respetuosos consuelos propios para disimular la prision á los ojos de Europa, Manuel y Petion, á instancias de Westermann, fueron al Temple, y cumplieron con miramiento las órdenes de Dumouriez. Ni uno ni otro de estos dos magistrados superiores del ayuntamiento tenian la vergonzosa necesidad de venganza y de crueldad que los municipales contra el que habia sido su rey. La elevacion de las ideas da dignidad á los resentimientos y decencia al odio. Petion y Manuel, hombres de ideas republicanas, veian en Luis XVI un principio que debia proscribirse, pero un hombre á quien debia perdonarse; en la reina, en las princesas y en el Delfin, mujeres y niños, víctimas de una vicisitud de las cosas humanas, que el pueblo debia compadecer y sostener más bien que pulverizar en su caida. Tuvieron una conversacion secreta con el rey, en la que al propio tiempo que confesaban ser republicanos, no negaban ni su interes por sus desgracias, ni la esperanza de ver sus dias preservados, una vez que se apaciguasen los temores públicos despues de la victoria y de la paz. Luis XVI, y hasta la reina, recordando el terror de Setiembre, pareciendo comprender que su vida estaba más en manos del pueblo que en las del ejército de los reyes coligados, unieron sus votos á los de los republicanos humanos y moderados para que se efectuase pronto la evacuacion del territorio. El rey pidió que Petion hiciese darle algun dinero para sus necesidades personales y las de su familia, y Petion le envió cien luisés (nueve mil seiscientos reales), limosna del republicano al soberano sumido en la indigencia. Se formó una lista de todos los objetos necesarios á la familia real, tanto de ropa blanca como de muebles, vestidos, leña, alimentos, libros, etc., y todo fué enviado con abundancia por cuenta de la municipalidad y por medio de sus comisionados, no con proporcion á las necesidades de una familia, sino á la generosidad de la nacion y á los respetos debidos á la grandeza caida. La república ejerció con lujo en este momento su ostracismo.

Mas como Petion y Manuel sólo eran los magistrados oficiales de la municipalidad, dulcificaban sus órdenes al ejecutarlas, pero no las inspiraban, y el espíritu de represalias, de venganza, de sospecha y de baja persecucion de los demagogos légos prevalecia en las comisiones. Todos los dias venian nuevos delatores á popularizarse en el Consejo del ayuntamiento con denuncias contra los prisioneros del Temple. El Consejo general escogia los comisarios delegados por él para vigilar á Luis XVI entre los más prevenidos y los más encarnizados. Los hombres que tenian alguna generosidad renunciaban aquellas odiosas funciones, que debian por consiguiente recaer en corazones abyectos y en manos implacables. Aquellos carceleros se excedian unos á otros en las medidas de rigor y de vejámen, necesarias segun ellos para evitar la evasion de los cautivos y sus correspondencias con el extranjero. A pesar de que con frecuencia estas medidas repugnaban al buen sentido y á la humanidad del Consejo general, ninguno se atrevia á contrariarlas, de miedo de que se le acusase de unidad ó de complicidad con los realistas, y lo que individualmente repugnaba á cada uno, era votado por todos. Cuando el terror está suspendido sobre una época, no pesa ménos sobre el cuerpo que le inspira que sobre la nacion que le sufre.

La administracion y régimen interiores del Temple se veian, por lo tanto, entregados á un corto número de hombres, la hez del Consejo de la municipalidad,

casi todos artesanos sin educacion, sin magnanimidad y sin pudor, gozando con orgullo de la arbitrariedad que la fortuna les daba sobre un rey caido más abajo que ellos, y creyendo haber salvado la patria cada vez que le arrancaban una lágrima.

VII

Hácia fines de Setiembre, en el momento en que el rey iba á salir del cuarto de la reina despues de cenar, para subir al suyo, entraron con aparato en la torre seis oficiales municipales. Leyeron al rey un decreto del ayuntamiento que mandaba trasladarle á la gran torre, y separarle completamente del resto de su familia. La reina, madama Isabel, la princesa real y el jóven Delfin, estrechando al rey en sus brazos y cubriendo sus manos de besos y de lágrimas, trataron en vano de conmovier á los municipales y de obtener aquel último consuelo de los infortunados, el de sufrir juntos. Los municipales, Simon, y hasta Rocher, aunque enternecidos, no se atrevieron á modificar la inflexibilidad de la órden. Se registraron los muebles con la más exquisita inquisicion, las camas y los vestidos de los prisioneros; se les quitaron todos los medios de poder tener correspondencia con los de fuera, papel, tinteros, plumas y lápices, haciendo cesar las lecciones que el príncipe real principiaba á recibir de sus padres, y condenando al heredero de un trono á la ignorancia del arte de escribir, de la que se avergüenzan los últimos hijos del pueblo.

Luégo que arrancaron al rey de los brazos, y en medio de los gritos de su familia, fué conducido á la habitacion, apénas concluida, que se le habia destinado en la torre principal, donde aún trabajaban los obreros. Una cama y una silla, en medio de la cal, de los escombros, de las tablas y de los ladrillos, componian todo el ajuar. El rey se acostó completamente vestido, y pasó las horas contando los pasos de los centinelas que se relevaban á su puerta, y en enjugar las primeras lágrimas que la prision habia arrancado á su firmeza. Clery pasó la noche sobre una silla en el hueco de una ventana, aguardando con impaciencia que amaneciese para saber si le permitirian ir á prestar á las princesas los servicios á que estaban acostumbradas. El era quien peinaba al Delfin y arreglaba los largos cabellos de la reina y de madama Isabel despues de su cautiverio.

Pidió permiso para ir á prestar este servicio, y el comisario de la municipalidad, Veron, le respondió brutalmente: «Ya no tendreis más comunicacion con las prisioneras, ni vuestro amo debe volver á ver á sus hijos».

Habiendo dirigido el rey algunas sentidas observaciones á los comisarios sobre una barbarie que ultrajaba á la naturaleza, que heria cinco corazones por castigar uno solo, y que daba á seres vivos el tormento de una separacion más cruel que la muerte, los comisarios no se dignaron responderle, y le volvieron la espalda, como hombres que no oian y á quienes incomodan las súplicas.

Un pedazo de pan que no bastaba para el alimento de dos personas, y una botella de agua en la que habian echado el jugo de un limon, fué todo el desayuno que llevaron al rey aquel dia. El príncipe se adelantó hácia su criado, partió el pan y le dió la mitad. «Se olvidaron que todavía somos dos,—le dijo el rey,—pero yo no lo olvido. Tomad esto; yo tengo bastante con lo restante.» Clery lo rehusaba, pero el rey insistió, y el criado tomó al fin la mitad del pan de su amo.

Las lágrimas regaban los pedazos que llevaba á la boca. El rey le vió llorar, y no pudo ménos de hacer otro tanto. Así comieron, llorando y mirándose sin decirse nada, el pan de las lágrimas y de la igualdad.

Suplicó de nuevo el rey á un municipal le diese noticias de su mujer y de sus hijos, y le proporcionase algunos libros para aliviar el cansancio de espíritu causado por su aislamiento. Luis XVI indicó algunos volúmenes de historia y de filosofía religiosa. Este municipal, más humano que los otros, consultó á sus colegas y les ganó para poder cumplir aquella comision cerca de la reina. Esta princesa habia pasado la noche lamentándose en su cuarto, entre los brazos de su cuñada y de su hija. La palidez de sus labios, las marcas de las lágrimas que habian corrido por sus mejillas, su espesa cabellera donde se veian venas blancas de cabellos muertos, como despojos de su juventud, la inmovilidad de sus ojos secos, la obstinacion con que se habia negado á tocar los alimentos de su desayuno, jurando que se iba á dejar morir de hambre si insistian en tenerla separada del rey, conmovieron é intimidaron á los municipales, porque pesaba sobre ellos la responsabilidad de la vida de los prisioneros. La misma municipalidad les pediria cuenta de una víctima arrebatada por una muerte voluntaria al juicio y al cadalso del pueblo. La naturaleza hablaba tambien en su corazon ese lenguaje de las lágrimas que se hace obedecer de los más endurecidos. Las princesas, de rodillas delante de aquellos hombres, suplicaban se les permitiese estar reunidas con el rey al ménos algunos momentos del día y á las horas de comer. Los ademanes, los gritos del alma, las lágrimas que caian de sus ojos sobre el pavimento, prestaban su omnipotencia á aquellas súplicas. «Pues bien, que coman juntos hoy,—dijo un oficial municipal,—y para mañana, el ayuntamiento decidirá.» Al oír estas palabras, los gritos de dolor de las princesas y de los niños se cambiaron en voces de alegría y en bendiciones. La reina, que tenia á los niños en brazos, les hizo ponerse de rodillas, y se puso ella tambien para dar gracias al cielo. Los municipales se miraron unos á otros con los ojos húmedos, y el mismo Simon dijo enjugándose los suyos: «Creo que estos diablos de mujeres serian capaces de hacerme llorar». Despues, volviéndose hácia la reina y como avergonzado de su debilidad, le dijo: «No llorábais así cuando el 10 de Agosto haciais asesinar al pueblo». «¡Ah!—respondió la reina.—El pueblo está bien equivocado acerca de nuestros sentimientos.»

Aquellos hombres gozaron un momento del espectáculo de su *clemencia*. Los prisioneros volvieron á verse á la hora de comer, y conocieron más que nunca lo necesarios que la desgracia les hacía unos á otros.

VIII

La sensibilidad del rey se desarrollaba en los infortunios; el alma de la reina se santificaba en la adversidad; todas las virtudes de madama Isabel se convertian en piedad activa por su hermano y por su cuñada; la razon de los niños se enternecía en los calabozos regados constantemente por las lágrimas de sus padres. Un día de cautiverio les enseñaba más de la vida que un año de corte. El infortunio apresura la madurez de sus víctimas. Aquella familia sufría y gozaba en todo como un solo corazon. La municipalidad no reclamó contra la reunion de los pri-

sioneros, motivada por el temor de que la reina se suicidase, y desde aquel día fueron conducidos tres veces á la gran torre para comer con el rey; pero los municipales, presentes á aquellas entrevistas, interceptaban la dulzura de ellas, oponiéndose á toda confidencia íntima de los prisioneros entre sí. Les estaba severamente prohibido hablar bajo ó en lenguas extranjeras.

Madama Isabel se olvidó una vez de aquella prohibicion, y dijo algunas pala-



Simon, Rocher y la mujer de Tison.—Pág. 212.

bras en voz baja á su hermano, por lo que un municipal la reprendió con violencia. «Los secretos de los tiranos—le dijo aquel hombre—son conspiraciones contra el pueblo. Hablad alto ó callaos: la nacion debe saberlo todo.»

Estas dos prisiones para una sola familia aumentaban las dificultades de la vigilancia y las sospechas de los carceleros, pero aumentaban tambien las facilidades para que los servidores del rey pudiesen engañar las consignas de la cárcel. Clery, á quien sus opiniones revolucionarias habian hecho que Petion le escogiese entre los ayudas de cámara del rey como un hombre más adicto á la nacion que á su amo, habia dejado enfriar su patriotismo con las tiernas reconveniones de madama Isabel y con el espectáculo de aquellos despedazados corazones, donde

leía tantos sufrimientos y tantas aceptaciones. Su pasión por la libertad le recordaba desde que se convertía en suplicios para la familia de su rey, y no tenía más opiniones que su cariño. Había conseguido entablar algunas relaciones fuera, y tres empleados en las cocinas del rey en las Tullerías, llamados Turgy, Marchand y Chretien, que aparentando patriotismo habían conseguido se les admitiese en las cocinas del Temple para prestar allí á sus antiguos amos todos los buenos servicios del cautiverio, secundaban á Clery. Este, familiarizándose con los municipales de guardia y sirviéndoles en cuanto podía las noches que pasaban en el Temple, descubría algunas veces entre ellos muestras de interés por la familia real. Hacía, tan pronto por medio de ellos, tan pronto por medio de su mujer, admitida una vez por semana á verle en el postigo, pasar billetes de madama Isabel y de la reina á las personas que las princesas le designaban, y que podían escribir por haber sustraído un lápiz á la inquisición de los comisarios, escribiendo estas raras confidencias de sus corazones en las hojas en blanco de sus devocionarios. Sus esquelas eran ajenas á todo complot, limitándose sólo á dar á sus antiguos amigos noticias de su situación, é informarse de la suerte de las personas á quienes habían querido.

A pesar de su belleza, madama Isabel nunca había permitido á su corazón otro sentimiento que el de la amistad. Pero la amistad en su alma era una pasión, y participaba del ardor y de la constancia del amor. El objeto de este tierno afecto de la princesa era la marquesa de Raigecourt, señorita de Causans, que había sido una de sus damas de honor en el tiempo de su prosperidad. Esta joven, dotada con las gracias de la corte, con el valor de la adversidad, y cuyo talento, á la vez sensato, jovial é instruido de la antigüedad, recordaba los días de Luis XIV, había sido educada con la princesa. La vida había unido sus corazones y su suerte desde la infancia. Casada, por los beneficios de madama Isabel, con un noble de las primeras familias de la Lorena, la marquesa de Raigecourt se había visto obligada á ir á unirse con su marido, que estaba emigrado. La misma madama Isabel lo había exigido por creerlo necesario, hallándose en un estado de embarazo muy adelantado, temiendo que las desgracias previstas por ella desde los primeros trastornos de la monarquía recayesen sobre otros corazones. Las dos amigas se escribían diariamente, y sus cartas manifestaban el cariño de hermanas á través de las tristes aprensiones del tiempo. Esta correspondencia, único consuelo de madama Isabel, duró hasta el día 10 de Agosto. Las últimas palabras de la princesa á su amiga hasta manifestaban en aquel último momento esperanzas de salvación que las horas siguientes habían cruelmente engañado.

Clery consiguió hacer llegar á la marquesa de Raigecourt uno ó dos suspiros de la prisión; luego el silencio de la tumba se interpuso entre aquellas dos almas, y precedió un año al cadalso.

La reina recibió y logró hacer pasar por el mismo medio algunas raras comunicaciones, todas frases de doble sentido, pero en las que se encerraban volúmenes de angustias y de ternura. Aquellas palabras sólo podían traducirse por ojos acostumbrados á leer en el corazón de donde habían salido.

Clery pudo asimismo informar algunas veces al rey del estado de las cosas públicas, haciéndole leer los diarios introducidos en el postigo con astucia, y transmitiéndole al oído los hechos del día al tiempo de acostarse ó levantarse. Cuando

faltaron estos medios á la familia real, venían vendedores de papeles públicos de confianza, y pagados por los amigos de afuera, por la noche, cuando más silencio reinaba en las calles, á vociferar arrimados á los muros del Temple los principales acontecimientos del día. El rey, advertido por Clery, abría la ventana y cogía algunas palabras sueltas de los decretos de la Convención, de las victorias y de las derrotas de los ejércitos, las sentencias y ejecuciones de sus antiguos ministros, y los decretos ó las esperanzas de su destino.

No era absoluta, sin embargo, esta privación de los papeles públicos. Muchas veces los municipales, con una cruel intención, los dejaban como por casualidad sobre la piedra de la chimenea cuando excitaban á que se matase al rey; y cuando leían estos periódicos, llegaban hasta el interior de la habitación sus amenazas y sus imprecaciones. El príncipe leyó un día la petición de un artillero que suplía á la Convención le diese la cabeza del tirano para cargar con ella su cañón, y lanzarla al enemigo. «¿Cuál es—dijo tristemente el rey al leer esta petición—el más desgraciado, yo ó el pueblo, á quien se engaña así?»

Las princesas y los niños fueron al cabo reunidos con el rey en la torre principal. El segundo y el tercer piso de aquel monumento, dividido cada uno en cuatro piezas por tabiques de madera, fueron destinados á la familia real y á las personas encargadas del servicio ó de la vigilancia. El cuarto del rey tenía una cama con cortinas, un sillón, cuatro sillas, una mesa y un espejo encima de la chimenea. El techo era de tela, la ventana guarnecida con una alambra, y oscurecida por tablas colocadas en figura de embudo, que impedían mirar á los jardines y á la ciudad, y que sólo dejaban ver el cielo. El papel pintado del cuarto del rey, como para martirizar dos veces al prisionero, representaba el interior de una cárcel, con carceleros, cadenas, grillos y todo el horrible aspecto de los calabozos. La odiosa imaginación del arquitecto Palloy había añadido con perversa malicia los tormentos de la vista á los de la realidad.

La habitación de la reina, colocada sobre la del rey, estaba dispuesta con igual escasez de luz, de aire y de espacio. María Antonieta dormía en el mismo cuarto que su hija; madama Isabel en uno muy oscuro, al lado; el carcelero Tison y su mujer en un retrete contiguo, y los municipales en la primera pieza, que servía de antesala. Las princesas se veían obligadas á atravesar esta pieza para pasar las unas al cuarto de las otras, en medio de las miradas y los cuchicheos de sus guardianes. Dos postigos rodeados de centinelas y de llaveros se encontraban entre el cuarto de la reina y el del rey, subiendo la escalera. El cuarto piso estaba inhabitado, y la plataforma que había encima del cuarto del rey estaba dispuesta para servir de desahogo; pero de miedo de que se les viese desde las casas de París, ó que su vista se alegrase con el horizonte de la ciudad, se habían construido altos tabiques de tablas para escatimar hasta el cielo á las miradas de los prisioneros.

IX

Tal era definitivamente el alojamiento de la familia real. Tuvo ésta sin embargo una satisfacción en verse instalada en él por estar reunidos todos sus miembros dentro de los mismos muros; mas esta corta alegría se cambió en lágrimas aquella misma noche por un decreto de la municipalidad que mandaba quitar el Delfín á